Señor y bien de esta república, y siendo persona á quien todos veneraban por su santidad y opinión, por su parecer ayudaron á esta obra muchos caballeros seglares. Y entre ellos es razón hacer mención aquí de los que más en ella se esmeraron, como fueron D. Luis de los Ríos y su hermano D. Diego de los Ríos, haciendo donación á la Compañía de cuatro solares que ocupaban una cuadra entera en el mejor puesto de la ciudad para sitio de nuestra casa, y otro caballero, Francisco de Saldívar, de quien para principio de fundación se compró en moderado precio una hacienda legua y media de Guadalajara, con cuyos frutos se sustentó en sus principios, y algunos años después este Colegio; con lo cual el P. Pedro Díaz, animado comenzó á edificar casa é Iglesia para el ejercicio de nuestros ministerios, y después lo adelantó el Padre Doctor Pedro de Morales, Rector de este Colegio, hasta que últimamente Dios Nuestro Señor le proveyó de propio fundador y dotación plena y competente, como aquí diremos en memoria y agradecimiento debido á la persona que lo hizo. Este fué el noble ciudadano y Capitán de la ciudad de Guadiana, Gaspar de Nava, que ejercitó ese oficio contra los rebelados y apóstatas Tepehuanes que pretendieron asolar y destruir esa ciudad y toda la comarca, y ayudó á su defensa con su persona y hacienda. El cual en su testamento debajo de cuya disposición murió sin tener heredero forzoso, y habiendo dispuesto de buena parte de la mucha hacienda que Dios le había dado en obras pías, después de ellas mandó que el remanente de sus bienes lo hubiese la Compañía para que el que fuese Provincial de ella, si alcanzase la cantidad del dicho remanente para dote de fundación de algún Colegio que no tuviese fundador ni suficiente renta con que sustentarse de presente, ese tal Colegio se fundase en su nombre, y se le concediese el título y entierro en él de fundador, con los sufragios que se usan en la Compañía; y en esta conformidad, concurriendo las condiciones que el muy noble Gaspar de Nava había dispuesto, en el Colegio incoado de Guadalajara, que aún no tenía propio fundador, el Padre Provincial Luis de Bonifaz, varón de grande religión y letras, aplicó la dicha cantidad de remanente, que fué de veintiocho mil pesos, á este Colegio el año de 1644, celebrándose con mucha solemnidad y gusto de la ciudad esta fundación, y quedado perfectamente fundado para gloria de Dios este Colegio.

## CAPITULO XX.

### De los ministerios que á los principios entablaron los de la Compañía en Guadalajara, especialmente el insigne operario P. Jerónimo López, y dícense algunos casos con que el Señor los quiso confirmar.

Con la renta firme y segura que en la ciudad de Guadalajara tenía ya la Compañía para el sustento de los sujetos de que necesita este Colegio para sus ministerios, se prosiguió con más comodidad y nuevo



fervor en los que desde sus principios se habían comenzado, las escuelas de latinidad para la juventud florida de la ciudad y su comarca, que generalmente ha sido rica y abundante de habilidades é ingenios despiertos y capaces para las letras, como se ha experimentado en muchos y muy lucidos, que habiendo estudiado en México facultades mayores, han honrado y autorizado con su doctrina y prendas aquel Obispado y su Provincia, dedicándose no pocos á sagradas Religiones, perseverando y floreciendo en ellas con gran loa y aprobación, juntando lo calificado de sus talentos con lo edificativo de su virtud.

Procuró también con su trabajo y fervor el P. Jerónimo López (que fué de los primeros operarios de este Colegio), acudir á la enseñanza y doctrina de los indios, los cuales, aunque tienen otra lengua propia, entienden muy bien por la mayor parte la mexicana, en la cual se les predicaba, y de ésta se ayudó el dicho Padre para aprender algo de la lengua tehuec que es la más común de aquella Provincia, porque era este santo varón tan celoso del bien y provecho de los pobres indios, que ni perdonaba trabajo, sudor ni cansancio por no faltar un punto de noche ni de día al catecismo, confesiones y enseñanza suya. En estas santas ocupaciones halló muy sazonado la muerte el P. Jerónimo, para la corona de gloria que le habían tejido sus muchos merecimientos y los trabajos que toda su vida, por doctrinar esta tosca gente había padecido, habiéndose empleado en este ministerio aun antes de ser de la Compañía, y siendo Provisor de los indios mexicanos en el Arzobispado de México y beneficiado de uno de sus mejores beneficios; pero llamado del Señor para nuestra Compañía, todo lo renunció y dejó con tan constante resolución y muestras de tan singular llamamiento, que los Padres que le conocieron afirmaban que la extremada pobreza que profesó, el amor afectuosísimo y regaladísimo á nuestro Instituto y observancia religiosa, y el total olvido de los regalos y riquezas que dejó, calificaban su vocación por una de las más señaladas y raras que en estas partes se habían visto. Fué hombre muy mortificado, de trato muy humilde, de ardiente caridad con los prójimos, y en especial con los pobrecitos y gente desamparada, de oración muy retirada, todo el tiempo que el bien de las almas le daban lugar. Ocasionóse su muerte del trabajo y cansancio ordinario en que era infatigable y tan continuo como si fuera mozo muy robusto. Murió á 27 de Noviembre de 1596, con suma paz y serenidad, como quien con aquella muerte comenzaba la eterna vida, aunque de toda la ciudad fué muy sentida y llorada por perder en este siervo del Señor un espejo de virtud, y un Padre y amparo de los pobres.

Después tuvieron cuidado los Superiores de poner allí sujetos á propósito que prosiguiesen los mismos ministerios y ocupaciones que el P. Jerónimo López había comenzado. A esto, después de algunos años se añadió la enseñanza y doctrina de los negros, dando principio á una piadosa y loable costumbre de que los domingos del año á campana tañida se juntasen todos los de la ciudad que son muchos, y habiendo rezado juntos las oraciones, se les enseña y explica el catecismo con que se ha experimentado mudanza en sus costumbres, amor á la virtud y frecuencia de sacramentos. Púsose también una escuela de niños que hoy persevera, señalándose un Hermano nuestro que les enseña á leer, escribir y contar; con que no faltan estudiantes para los estudios de Gramática, y se continúa la buena crianza en virtud

y letras de la juventud, y no son pocos los que después pasan á México á proseguir sus estudios en facultades mayores, en que han salido aventajados sujetos. Sobre todos estos ministerios no ha faltado en este Colegio el principalísimo que usa la Compañía de haberse erigido en él una Congregación de devotos ciudadanos que frecuentan sacramentos, se juntan los domingos por las tardes á oir pláticas espirituales de materias acomodadas á su estado y costumbres cristianas. Celebran sus fiestas á la Santísima Virgen y al Santísimo Sacramento con singular devoción, y con tales acciones edifican y componen y son ejemplo de virtud á la república, como hasta el tiempo presente pasa y se conserva en nuestro Colegio y ciudad de Guadalajara.

No han dejado de suceder algunos casos de edificación con el calor que han puesto los de la Compañía, en inflamar los corazones y encender en ellos la llama del amor al divino servicio que han hecho más estimados sus ministerios experimentando por medio de ellos influencias celestiales de la divina gracia. Hubo en esta ciudad una persona grave por su estado pero muy liviana en sus costumbres, de muy rota vida y de escandaloso proceder, y un Padre de los nuestros, con el celo que tenía de que la divina Bondad no fuese de sus criaturas ofendida, y lastimado de la perdición de aquella alma cuyo rescate había costado al mismo Dios su sangre, se determinó un día de decir la Misa por él y pedir al Señor con oración ferviente su remedio; y el piadoso Redentor de las almas, que atiende á las oraciones y humildes súplicas de sus siervos, con su alta Providencia dispuso que aquesta persona se hallase presente á aquel sacrificio, que por él se ofrecía á Dios y por su salvación.

Y en él (oh poder y eficacia del divino Espíritu!) un rayo de su luz le penetró al corazón y le alumbró los ojos del alma para conocer su mal estado, y con gran compunción y dolor de sus pecados, llorando copiosas lágrimas, buscó al Padre que había dicho aquella Misa por él, al cual nunca había hablado ni conocido, y le declaró que en aquella Misa le había Dios llamado á penitencia y dado á conocer la gravedad de sus culpas, y cuán anegado estaba en las ondas de sus abominaciones, y que así, trataba de enmendar la vida y llorar amargamente sus pecados; que le señalase tiempo para tratar con él las cosas de su conciencia y confesarse. Hízolo así con notable arrepentimiento de sus pecados, y vivió después con mucho ejemplo y edificación de la ciudad. Otro hombre comenzó á hacer una confesión general con uno de la Compañía, y el demonio, que por la conversión de un pecador brama y se enfurece como enemigo de Dios y de nuestro bien, le daba grandes voces al penitente diciéndole: ¿para qué te confiesas con ese que es mi enemigo? Pero él, armado con la virtud de Cristo, venció los miedos y combates del infernal espíritu y acabó su confesión, triunfando de él con suma paz y sosiego de su alma, como él mismo lo testificaba.

No le sucedió así á otro desbaratado soldado, ignorante y enemigo de su mismo bien, el cual tenía entrañable aversión á los de la Compañía, procurando desdorar su opinión y deslucir en todas ocasiones sus ministerios, hasta afirmar que aunque se viese en trance peligroso de muerte, no se había de confesar con sacerdote de la Compañía. A tanto como esto puede llegar el odio y ceguedad de un pecho y corazón apasionado, y á tan ciego desatino reduce á un cristiano la fuerza



de una pasión. Pero el Señor, que como usa de misericordia con los humildes, sabe también castigar á los rebeldes y obstinados con los rigores de su justicia, desnudó la espada de su indignación contra este desventurado, quitándole la vida sin que pudiese confesarse, ni con confesor de la Compañía ni con otro alguno. Castigo que atemorizó los ánimos de la gente que había sabido su loca resolución y temeridad, y les hizo cobrar un alto concepto de los ministerios que en bien de los prójimos ejercita la Compañía, sin otro fin que aquel que pide la caridad de Cristo. Otros muchos casos de edificación y remedio de almas han sucedido en este puesto, que por brevedad dejamos, y por decir algo de las misiones que se han hecho de este Colegio.

## CAPITULO XXI.

### De una misión que hizo un Padre á las minas de Ostotipac, y sus frutos.

Entre las célebres y fructuosas misiones que del Colegio de Guadalajara han hecho los de la Compañía á varios lugares y pueblos de este Obispado y Provincia, una fué á las minas de Ostotipac, cuarenta y ocho leguas distante de la dicha ciudad. Divídense estas minas en cuatro reales: el principal se llama de los Reyes, el segundo Santiago, el tercero de San Sebastián, el cuarto y más rico de la Resurrección, el cual está en las cumbres de ocho montes, subiendo del uno al otro hasta llegar á lo alto del octavo. El Padre que fué á esta misión hizo su asistencia ordinaria en el real de San Sebastián, por ser á propósito para acudir á los demás: éste predicaba á los indios y españoles con grande fruto y consuelo de sus almas, y casi todos se querían confesar generalmente, para mayor consuelo y satisfacción de sus conciencias, y por gozar de la buena ocasión que al presente se les ofrecía, y fué tanto el número de gente que concurría, que le era forzoso al Padre trabajar continuamente hasta más de las diez de la noche, y aun toda ella tuviera que hacer, si no hubiera de dar algunas treguas al cuerpo, para la tarea del día siguiente. Andaban los fieles aquel tiempo devotos, fervorosos y compungidos, ejercitándose en actos piadosos, llorando amargamente sus culpas, y para aplacar la divina justicia y mover la divina clemencia, acabado sobre tarde el sermón y cantando á tono devoto el Miserere, hacían disciplina general indios y españoles; mostrando con este fervor el dolor interior y la gran contrición que tenían de sus pecados. Las ardientes razones con que el Padre les exhortaba, movieron á muchos á poner en ejecución sus consejos, y á salir de tratos ilícitos y de compañías peligrosas en materia de granjería. Adelantándose el culto divino, porque afeándoles en un sermón el poco aliño que tenían de Iglesias los dos reales de la Resurrección y San Sebastián, atendiendo más á labrar y aderezar para sí casas que para el Señor, cuya es toda la redondez de la tierra, luego trataron de hacer su Iglesia cada uno de los reales, señalando planta y abriendo cimientos tan derechos, que antes que de allí saliese el Padre quedaban los edificios en buena proporción. Con-

firmó el Señor el fruto de esta misión con casos particulares de que entresacaremos algunos para edificación y prueba de lo mucho que la divina Majestad se sirvió de ella.

Un minero de estos reales había muchos años que consentía que un indio capitán de su cuadrilla viviese escandalosamente amancebado, tan perdida la vergüenza al mundo y el temor á Dios, como si no hubiera ley ni justicia, ni para el castigo, repudiando, sin causa, á su legítima mujer, y dejándola á sus venturas en otro pueblo. Avisóles al uno y al otro el Padre, ponderando la rotura de su torpe vida y lo que con ella provocaban la ira divina: y aconsejando en especial al amo de la hacienda que pospusiese los intereses viles de la tierra al servicio de Dios y á las ganancias eternas de la gloria, y que no consintiese en su hacienda tan insolente y escandaloso indio. Pero el minero, que sólo trataba de acrecentar su caudal y enriquecerse, respondió que ni por el cielo ni por la tierra amargaría á un indio tan necesario para su trabajo, aunque no se confesase, ó confesándose, el Padre no le quisiese absolver. Tomó la mano el Señor por su siervo en este negocio, para que no quedasen frustradas las razones de su Ministro, que celaba su honra y el bien de aquellas almas. Porque la misma noche sin haberse hecho fuego en la cocina de la casa, y teniendo él allí encerrada la india manceba, porque el Vicario con mano poderosa no la sacase, se prendió tan grande fuego, que comenzando á arder con extraña fuerza y violencia, en breve tiempo se hizo todo ceniza. Temeroso el hombre de que la india no pereciese, abrió de presto la puerta, y receloso de que el viento que corría no llevase el fuego á lo restante de la casa y al ingenio y molino de sus metales, hincándose de rodillas pidió misericordia al Señor con lágrimas de arrepentimiento, y que no mirase á su obstinación y dureza, sino á las entrañas piadosas de su clemencia, é hizo voto de confesarse luego al día siguiente, echando primero de su casa y hacienda á aquella india, aunque lo perdiese todo. Al punto calmó el viento y cesó el fuego, y en amaneciendo cumplió puntualmente lo prometido, como quien conocía que por medio de aquel fuego le quería Dios librar de las penas del eterno. Y aunque el indio se ausentó y fué tras la ocasión en que andaba enredado, se volvió dentro de breves días tan atemorizado y compungido, que se echaba bien de ver que la mano del Señor le había tocado. Porque como él mismo contaba, estando durmiendo en el monte una noche de aquellas con la india su manceba, le pareció que le arrebataban los demonios el alma y presentando ante el divino acatamiento le acusaban de su pecado, y Cristo Nuestro Señor, con severo semblante, oida la acusación mandaba á los demonios le echasen del monte abajo, que era un espantoso despeñadero; y acometiendo ellos á ejecutar la sentencia, despertó despavorido y confuso pidiendo misericordia de corazón y proponiendo la enmienda, y de confesarse. Y al punto, sin esperar á la mañana, despidió de sí á la mala compañía enviándola á su pueblo, y él se volvió á la casa y real del minero y contó el sueño, y confesándose, vivió ejemplarmente con su legítima mujer. Y para no olvidarse del caso, puso una cruz muy bien labrada en lo alto de aquel monte, donde había sido el principio de su bien, y en memoria de la grande misericordia que Dios había obrado con él.

Estaba otro minero muy afligido y casi perdido del todo por verse sin indios trabajadores, y que los que tenía se le habían huido. Co-



municaron con el Padre su trabajo, y le respondió que se persuadía ser castigado del cielo por haber quizá consentido en su cuadrilla pecados escandalosos y ofensas graves de Nuestro Señor, y sin cuidar del bien de aquellas almas de los que le servían en su mina; y dióle por consejo que hiciese en su hacienda una capilla donde rezasen todas las noches las oraciones, y se les enseñase la doctrina cristiana. Dispuso luego el hombre, de ramas y estacas, un género de capilla, abriendo cimientos para labrar otra de cal y canto muy de propósito. Y para alentar sus buenas intenciones el Padre, con su ejemplo, se fué algunas noches á la hacienda, y juntando los indios que habían quedado, cantaba con ellos la doctrina, explicábales el catecismo y hacíales una breve exhortación á vivir bien. Entraron estos en tanta devoción, que corrió la voz á los fugitivos, y Dios, que quiso premiar los deseos y devota diligencia del minero, movió á los indios el corazón de tal suerte, que todos volvieron á trabajar de su grado. Con lo cual quedó él persuadido y los demás mineros, que el mejor medio de conservar indios tan necesarios en las haciendas, era procurando la reformación de sus costumbres, su ajustado proceder y la observancia de la ley de Dios. Y porque aquella buena introducción y consejo no cayese, ni se olvidase el desengañado minero, llamando á un indio hábil y que sabía la doctrina cristiana, le dió en su casa ración y cien pesos de salario cada año, porque de noche juntase en la capilla su gente y les enseñase y cantase con ellos la doctrina, y el fruto fuese durable.

Ni dejó nuestro bienaventurado Padre San Ignacio de ayudar á su Ministro, que tan bien procuraba estampar en los ánimos de los fieles su devoción, por tener experiencia que favorecía el santo á los que con afecto y devoción le invocaban, como se vió en el caso siguiente: El minero en cuya casa estaba hospedado nuestro Padre misionero, dió en ser devoto de nuestro Padre San Ignacio, por la relación que el Padre le había hecho de sus milagros y santa vida, y de lo que amparaba á los que de él se querían valer en sus necesidades. Dedicóle una hermosa capilla que había labrado, enviando dinero á México para que le trajesen imagen del santo bien acabada y devota, y dió cien pesos al Colegio de Guadalajara para un cáliz que sirviese al altar del bienaventurado santo, é hizo voto de celebrarle cada año fiesta en su real, con Misa solemne, procesión y convite general de los que vivían en aquel puerto, y el santo, como tan agradecido, le pagó luego de contado á este siervo, aun antes de ejecutarlo, porque mandando cavar una mina que tenía ya como perdida y rematada, prometiendo si Dios en ella le daba algo bueno, llamarla mina de San Ignacio: á poco rato descubrió una veta de metal rico de vara en ancho, y echando gente sacó riquísimos metales, y fué conocida después la mina por su riqueza y por su nombre, llamándola mina de San Ignacio; que aun con beneficios temporales se muestra agradecido á sus devotos el santo, como también lo suele Dios hacer con los que le sirven y veneran. De estos casos pudiéramos hacer un largo catálogo, y por evitar prolijidad los dejamos. Pero no pasaré en silencio uno particular y digno de memoria por sus circunstancias, que estando el Padre en esta misión sucedió.

Había en estas minas un indio viejo y muy buen cristiano llamado D. Felipe, al cual había confesado el Padre generalmente, luego que

llegó á esta misión. Era el indio gran minero, y había descubierto las principales minas que los españoles tenían, y como era en esta materia tan entendido, vino á él otro indio extranjero y le trajo unas piedras de metal tan ricas, que ensayadas por fuego correspondían á cuarenta marcos por quintal. Espantando la riqueza tan grande de aquella piedra, se fué con el indio á ver la mina que encerraba tan singular tesoro, y habiendo caminado cinco días llegaron á ella, y sacando el D. Felipe alguna copia de metal, y ensayándola, halló á razón de los dichos cuarenta marcos por quintal, con que se determinó de ir á manifestar aquellas minas, y así lo hizo. Pero los españoles se ardían en pleitos sobre cuál había de volver con el indio al nuevo descubrimiento. Finalmente, por bien de paz se resolvieron que no fuese español alguno, sino de cada cuadrilla dos indios que en compañía del principal descubriesen la dicha mina. Confesóse y comulgó D. Felipe para hacer su viaje, y al quinto día, habiendo subido una serranía, donde se divisaba la mina, y faltando poco para llegar á ella, hizo alto y dijo á los que le acompañaban: Hijos míos, la mina está en aquel cerrito que divisais, señalándoselas y dándoles las señas para que la hallasen; id vosotros si pudiéredes, que Dios no quiere que yo pase de aquí, sino que me muera; ayudadme, os ruego, en este trance con vuestras oraciones, y sacando una imagen de Nuestra Señora, invocando los dulcísimos nombres de Jesús y María, cayó allí muerto. Los compañeros, atemorizados del suceso, no osaron pasar adelante, y dando la vuelta al real de los Reyes con el cuerpo difunto, contaron el caso, y reverenciando todos los altos secretos y divinos juicios de Dios, le enterraron con universal sentimiento por el amor que tenían á su virtud y por la falta que les había de hacer un tan excelente y diestro minero. Suspendióse por algunos días el descubrimiento, y á uno de los indios compañeros del difunto persuadió su amo volviese después á ver si hallaba la mina, y prometiéndole grandes albricias si acaso acertase con su descubrimiento. Salió el indio con otros por los mismos pasos que la primera vez, y llegando al lugar donde el otro falleció, sintió ansias mortales y que á toda priesa se le acababa la vida, y espantado y temeroso con la memoria de lo que allí le había sucedido á D. Felipe y con lo que ya por él pasaba, se le hincó de rodillas é hizo voto de volverse desde allí sin intentar más en adelante semejante viaje, y recobrándose algo se volvió como pudo á su casa malo y peligroso. Fuéronle á ver en presencia del Padre, que le quería confesar, los principales mineros deseosos de saber el caso; díjoles en su lengua estas razones: «Mirad, españoles, Dios tiene muchos hijos y á todos tiene que dar, y unas cosas guarda para unos y otras para otros; á vuestros abuelos dió las minas de Tinamatle, á vuestros padres las de Huajacatlán y Chimaltitlán, á vosotros estas de Ostotipac; contentaos con ellas y haced gracias, que quizás tiene guardadas para vuestros hijos ó nietos estas adonde yo iba, y no es su voluntad que ahora se descubran.» Razones que parece que excedían su corta capacidad y que eran dilatadas con superior motivo para enfrenar la sed que tienen los mortales de riquezas, sin contentarse jamás con las que poseen y la divina Providencia les descubre cuando conviene. Y caso y doctrina que yo quise escribir aquí para que se aprovechen de ella los que andan con demasiada codicia de la plata.



# CAPITULO XXII.

## Escríbense unas particulares noticias que los Padres que anduvieron en esta misión alcanzaron, de un santo varón que en tiempos antiguos predicó la doctrina de Cristo á estas gentes.

Acabada la Cuaresma del año de 1614, bajó el Padre con su compañero ocho leguas más adelante de estas minas al valle que llaman de Banderas, confesó allí á todos los españoles é indios que había, que eran en buen número, predicándoles también tres sermones cada semana á unos y á otros. Al olor de la doctrina bajaron muchos indios de la serranía de Justo, que corre casi treinta leguas por aquella costa del mar del Sur; lloraban estos pobrecitos por verse tan destituidos de doctrina, y detúvose allí quince días, y aunque era Pascua, fué en aquel valle como Semana Santa, muy devota.

Luego que el Padre llegó á este valle de Banderas, vinieron, así españoles como indios, á decirle que quizás le había allí traido Nuestro Señor para descubrirle una cosa de que tenían tradición de padres á hijos; y era, que mucho antes que viniesen los españoles que conquistaron este Reino, había venido á él un varón llamado Matías ó Mateo, andando sobre las aguas del mar, y que predicó en esta tierra la ley del verdadero Dios, y le habían muerto los indios porque les reprendía sus vicios, de que había evidentísimos rastros en ellos. Lo primero, porque á imitación de la corona que traía hallaron aquí los españoles una Provincia entera que se abría corona, y la llamaban la Provincia de los coronados; lo segundo, porque también hallaron cruces sobre la serranía de Chacala, que divide el valle de Banderas del de Chila, y en estas serranías había un lugar ameno donde estaba un pequeño estanque de agua con varios géneros de peces aun de los que sólo se hallan en la mar, y al pie de dicho estanque estaba una cruz de piedra muy bien labrada, con cinco renglones esculpidos en la peaña con caracteres antiguos y extranjeros.

Afirmaban demás de esto, que en otra peña de la misma serranía estaba esculpido un Cristo devotísimo, y debajo de él, en la misma peña, unos renglones de caracteres antiguos, y según decían los españoles, tenían las letras muchos puntillos que parecían de la letra hebrea, y que todos los años, por el mes de Abril, se oyen unos muy sonoros golpes como de campana, que les causa grande admiración por oirse al mismo tiempo en todo el valle que tiene catorce leguas de travesía, viniendo el sonido de la misma serranía de Chacala de hacia una parte que baña el mar con sus crecientes. Y tenían también estos indios de tradición inmemorial, que este santo, para estorbarles sus borracheras, se ponía á reprender á sus antiguos y mayores desde el dicho monte de Chacala, y daba tales voces, que le oían en todas aquellas catorce leguas hasta el mar, más de cien mil almas que moraban en el valle, y que en una peña tajada se veían á manera de escalera estar estampadas las huellas y pisadas de este santo va-

rón; y decían estos indios, que en castigo de la muerte que le dieron los de Chila, de muchos años antes estaba despoblado de una peste mortal que vino sobre ellos, de que murieron más de veinte mil indios que le habitaban, y que sólo quedaban las ruinas de los edificios y los plantíos y frutales, y está tal la tierra, que ni aun ganado puede morar en ella, como lo han experimentado los españoles que varias veces han querido poblar allí algunas estancias.

Tenían por cierto estaba enterrado el cuerpo de este santo varón en un lugar de la dicha serranía, tan venerado y respetado entre ellos, que no osaban subir á él, añadiendo los españoles más antiguos que queriendo años antes cavar en aquel lugar para descubrir el tesoro de sus preciosas reliquias, les cayó á todos tan gran pasmo, que no podían jugar los brazos. Hasta aquí el Padre en su relación; y aunque aquella gente le rogaba con instancia llegara á ver estos rastros, por irse cumpliendo los días que llevaba de la patente de su misión y haber de dar la vuelta á su Colegio, no lo pudo hacer. Y parece confirmó el Señor la verdad de este negocio, porque después vino el cura de aquel valle á la dicha ciudad de Guadalajara y contó al señor Obispo una revelación que había tenido un buen hombre, napolitano de nación, llamado Bartolomé, hombre llano y muy buen cristiano, á quien el Padre trató y confesó al tiempo que estuvo en su misión. Era este hombre pescador, y estando una mañana con su gente echando un lance á la baja mar, vió venir sobre las aguas una cruz resplandeciente, la cual vieron todos los que con él estaban y quedaron despavoridos, y no pudiendo huir, hincados de rodillas en la playa encomendándose al Señor, aguardaron á que llegase, y afirmaba aquel buen hombre haber visto en medio de esta cruz un varón venerable vestido de blanco, que le dijo: «Bartolomé, no te vayas, porque no lo quiere Dios (trataba éste de dejar aquella pesquería por poblar otra mejor algunas leguas la mar arriba), vete á Compostela (lugar muy distante de este valle) y dile al cura que procure vivan bien sus feligreses, por cuyos pecados no descubre Dios un tesoro que tiene escondido en este valle.» Quedó el hombre muy temeroso, y luego al punto se partió á ejecutar este mandato, y el dicho cura vino á contar el caso al señor Obispo. Hasta aquí la relación que hallé escrita en una carta anua de las que cada año suelen escribir en nuestra Compañía de las cosas singulares y de edificación que suceden en la Provincia, y ésta era del año de 1614, firmada del venerable P. Rodrigo de Cabredo, Visitador y Provincial que fué de nuestra Provincia de Nueva España. Y yo quise escribir aquí las noticias de este caso, que puede ser Nuestro Señor descubra más en algún tiempo para gloria suya, y se conozca el siervo discípulo suyo que predicó su doctrina en estas remotas partes de Indias Occidentales, cosa que hasta hoy no está averiguada. Con estas noticias y frutos antes de ellas referidos, se volvieron los Padres que habían salido á esta misión de su Colegio de Guadalajara, del cual después acá se han hecho otras muy importantes, en especial siendo Obispo de esta santa Iglesia el Ilmo. Don Fray Francisco Rivera, del orden de Nuestra Señora de las Mercedes, Prelado de grande celo y prudencia, que despachó por todo su Obispado con grandes facultades al P. Juan Dávalos, de nuestra Compañía, para que por todo él ejercitase los ministerios que los misioneros de ella suelen ejercitar; y de los frutos maravillosos que de esta misión se siguieron, dijimos



algo en la vida que escribimos de este fervorosísimo varón. Y ahora escribiremos las de algunos que la remataron santamente en este Colegio de Guadalajara.

## CAPITULO XXIII.

### De la dichosa muerte del Padre Rector de este Colegio, Diego de Villegas. Año de 1598.

Bien podemos contar por fruto de este Colegio para el cielo la dichosa muerte de su Rector P. Diego de Villegas, á la cual llamo dichosa por haberla precedido una muy religiosa y santa vida, que aunque no prolongada en años, la halló Nuestro Señor llena de merecimientos y sazonada para el cielo.

Nació el Padre en la ciudad de México de muy noble sangre, pero mucho más resplandeció su nobleza en la virtud. Porque desde sus tiernos años, con grande desengaño de la vanidad de las prosperidades y bienes de la tierra que podía pretender quedándose en el siglo y teniendo en él una parentela muy ilustre, todo lo renunció por Cristo, acogiéndose á la Compañía de Jesús, cuyo Instituto abrazó con tantas veras, que en ella fué un ejemplo de religiosa perfección. En sus estudios de Artes y Teología salió tan aventajado cual pide el grado de profeso de cuatro votos, que en la Compañía N. P. General le asignó. En ordenándose de Sacerdote se ejercitó en el ministerio de la predicación, y sus sermones eran muy bien oidos; porque además de la gracia natural y facilidad que tenía en el decir, hablaba al corazón con tal afecto y deseo del aprovechamiento de las almas, que movía á los oyentes á la enmienda de sus vidas y lágrimas de devoción. Lo que en las pláticas particulares trataba era de cosas de espíritu y de Dios y en particular de la Virgen Santísima Nuestra Señora, de quien era devotísimo, y también de la virgen y mártir Santa Agueda; hablando en estas pláticas con tanta ternura y dulzura, que se echaba bien de ver la que él tenía y de que participaba su corazón.

Concurriendo en el P. Diego de Villegas estos buenos talentos, aunque no tenía muchos años de edad, lo empleó la santa obediencia en varios oficios de la Provincia. Fué Ministro en el gran Colegio de México, de Valladolid, y finalmente, Rector del de Guadalajara, donde murió. Y si Nuestro Señor no se lo llevara tan presto, se veían en él tales dotes y talento, que andando el tiempo le juzgaban por apto para gobernar en cualquier puesto de la Provincia. El celo que siempre tuvo del buen crédito de la Compañía y de los que estaban á su cargo, fué grande. Y aunque gobernaba á sus súbditos con mucha prudencia y religioso recato, era muy amado de ellos, por ser notablemente manso y apacible de condición, conforme al espíritu propio de la Compañía. Hacía tanta estima de este espíritu y de su Religión, que aunque era mozo en la edad, muchas veces se le oía decir que por asegurar su muerte dentro de la Compañía y por lo mucho que le cansaban las cosas del mundo, admitiría luego de muy buena gana el